

Una vez hubo un libro

(Sobre las adaptaciones de los clásicos)

ROSA NAVARRO DURÁN

A menudo el ser humano, cuando descubre un tesoro, en vez de mostrarlo y compartirlo, prefiere esconderlo y guardárselo para su sola contemplación y gozo, pero no puede menos que hablar de esa maravilla que tiene escondida. En *La hija del aire* de Calderón, el general Menón descubre a la joven Semíramis, de extraordinaria belleza, e inmediatamente se la lleva a una finca que tiene en el campo para que nadie la vea, aunque no podrá resistir la tentación de hablar al rey Nino de esa hermosísima mujer, que quiere convertir en su esposa. Y, como es de esperar, la va a perder, porque despertará en el rey el ansia por verla; y cuando la vea, por hacerla suya. La posesión del tesoro lleva a no quererlo compartir, pero también a que los demás se enteren de que se goza de tal privilegio.

1. LOS LIBROS, TESORO ESCONDIDO

Con los libros puede suceder algo semejante, cosa que revela su condición de “tesoro”. Una fiel lectora de mis adaptaciones, al leer *Tirante el Blanco*, no quiso llevarlo a su escuela para que los demás niños se enteraran de quién era su héroe; era suyo, y, por tanto, tenía que quedarse en su casa, escondido, sólo para ella.

A veces hacemos lo contrario, porque nos empeñamos en que nuestros amigos lean esos libros que acaban de deslumbrarnos; sin embar-

go, no hay más que recordar ese día en que quisimos consultar un libro en algún espacio cerrado, controlado, y una persona nos lo impidió: no teníamos el permiso correspondiente, no podíamos todavía acceder a ese espacio reservado “a los que saben”. Y tuvimos que ir a la búsqueda de esa firma mágica que abría el lugar vedado que guardaba el tesoro escondido: los libros.

Lo curioso es que no sólo pasa esto con el acceso físico al tesoro de la lectura, sino con la posibilidad de abrir y entender lo que dicen las páginas de los libros que forman nuestra herencia, nuestro patrimonio cultural. Nadie puede negar que el más grande legado que nuestros antepasados nos han dejado, lo que forma nuestra cultura, son las obras de arte; entre ellas están los libros que llamamos “clásicos”, es decir, “modélicos”. Y también es evidente que a menudo son de difícil acceso para una persona de mediana formación, y mucho más para los aprendices de la lengua.

Como es lógico, ni la capacidad lectora de los niños ni de los adolescentes, ni sus conocimientos de la lengua, les permiten leer ni con gusto, ni con aprovechamiento, buena parte de nuestros clásicos, porque muchos están escritos en una lengua que no es exactamente igual a la que ahora usamos, al tener variantes léxicas o sintácticas propias de su época; o simplemente, por su misma condición de obra de arte, que nos habla de su belleza estilística, de su complejidad; y así, gozar de ella supone un lector ya formado. No

es ninguna exageración decir que, en definitiva, las páginas de estas obras están cerradas para los aprendices. Imponerles la lectura del *Quijote* o del *Cantar de Mio Cid* —o del *Guzmán de Alfarache* o del *Conde Lucanor*— es hoy un imposible o un camino hacia el fracaso, o incluso peor: una forma de que tengan una experiencia tan negativa que nunca más quieran oír hablar de estas extraordinarias obras y de que vivan la lectura como un suplicio.

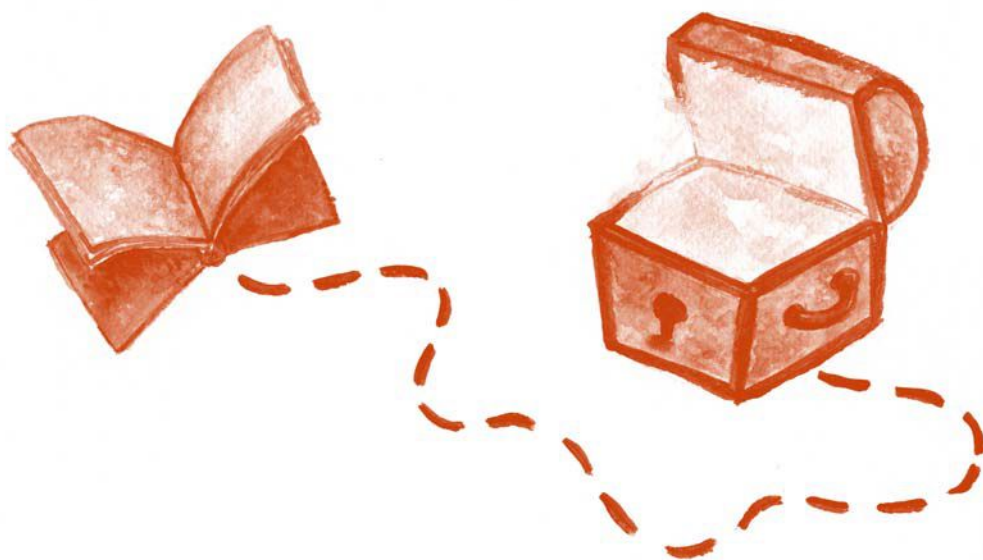
En el polo opuesto a vedar el acceso al tesoro de los libros está el obligar a leerlos sin elegirlos adecuadamente. La obligación impuesta se puede mantener una página, máximo dos, del libro; pero en esa tierra de nadie tiene que haber un anzuelo que enganche al relato al niño para que, a partir de la tercera página, desaparezca el mandato y sea su voluntad libre la que le lleve a pasar una y otra y otra página buscando el final deseado de la historia y al mismo tiempo sintiendo mucho que llegue.

2. LOS LIBROS CLÁSICOS, PARTE DE NUESTRA CULTURA

Nuestros clásicos no sólo encierran ese tesoro de diversión, sino también parte de nuestra historia cultural. Cenicienta o Caperucita o Blancanieves son nombres que en seguida nos evocan su historia; sabemos del zapato de cristal, o de la cestita donde Caperucita lleva la comida a la abuela o

vemos a una desmayada Blancanieves esperando el beso del príncipe; pero si hablo de cómo el Cid cogió por el cuello al león, que, mansamente, bajó la cabeza ante el Campeador o si recuerdo cómo sus yernos, muertos de miedo, se escondieron donde pudieron, estoy hablando en el vacío. Esa anécdota no funciona como referente cultural porque las páginas del texto están clausuradas para la inmensa mayoría. Sabemos cómo don Quijote lucha contra los molinos, que él cree gigantes de largos brazos; pero, si en lugar de mencionar esta escena tan representada gráficamente, hablo de la terrorífica aventura de los batanes y del hablar gangoso de don Quijote al apretarse con los dedos la nariz por no oler lo que huele, encontraré mucho menos eco.

Al no leer a nuestros clásicos no sólo perdemos la posibilidad de gozar de una inmensa mina de diversión, sino también prescindimos de nuestros referentes culturales. Si nos parece una evidencia que admirar el cuadro de *Las meninas* es un privilegio que tenemos los españoles porque lo pintó ese maestro de maestros que fue Velázquez y además está en el Prado, a nuestro alcance, no tendríamos que aceptar con tanta resignación que muy poca gente haya leído el *Cantar de mio Cid* o el *Quijote* y casi nadie *Tirante el Blanco*, ese “tesoro de contento”, como decía el cura amigo de don Quijote, libros que están en todas las bibliotecas y en muchas librerías ofreciéndose a nosotros.



3. ACERCAR LOS CLÁSICOS A LOS NIÑOS: LAS ADAPTACIONES

Si los libros clásicos son inaccesibles a los niños, y también a muchas personas, ¿hay que aceptar que duerman el sueño de los libros cerrados en las estanterías donde descansan o que vayan pasando a ser sólo nombres en los libros de historia de la literatura? Evidentemente no, porque la forma de evitar esa catástrofe es muy sencilla; si no se pueden leer en versión original, se debe seguir un camino indirecto para llegar a ellos: leer una buena adaptación.

Pedro Salinas, en su modélica modernización del *Poema de Mio Cid*, manifestaba su deseo de ofrecer así la obra a un mayor número de lectores, porque ofrecía “una versión popular en español moderno y en metro romance, con el propósito de acercar esta hermosa obra poética, noble, tranquila y sonriente a un crecido número de lectores, que fatalmente se ven alejados de ella por las dificultades de lo arcaico”. Y contaba su forma de proceder: “He deseado ser fiel y claro. Fidelidad absoluta al texto del poema, sin desviaciones en busca de ornato, sin ampliaciones ni desarrollos casi nunca”.

De tan altísimo modelo, tomé ese doble propósito para mis adaptaciones: ser fiel y clara. Hace ya años escribí una obra, que tuvo un escaso éxito editorial, *¿Por qué hay que leer a los clásicos?* En ella destacaba escenas que me habían impresionado, emocionado, sorprendido, como un bocado exquisito —creía yo inocentemente— para atraer a nuevos lectores a la lectura de la obra. Luego hice, con mejor fortuna, una adaptación de las *Metamorfosis* de Ovidio para Alianza Juvenil, que me titularon *Mitos del mundo clásico*. En ella inicié ya el camino que he seguido después en mis adaptaciones de clásicos: la selección de pasajes esenciales, el lenguaje accesible y la absoluta fidelidad al modelo.

Son ya seis mis clásicos adaptados, y el gusto con que he escrito esas fieles versiones para niños (o adultos) ha tenido un correlato en su éxito. Tuve que hablar de ellas en Granada, en la Biblioteca de Andalucía, a un auditorio formado por cien niños de ocho a once años. Se me ocurrió preguntarles si soñaban y si recordaban sus sueños. Era algo que conocían muy bien, y todos sabí-

an la frágil frontera que separa lo vivido y lo soñado. Luego les hablé de unos personajes que se me aparecían en sueños.

Primero —les dije— se me apareció Miguel de Cervantes. No lo reconocí hasta que se me apareció por segunda vez; la primera sólo me sonaba su cara; pero la segunda noche me di cuenta de que era él, y además me habló, me pidió que contara a los niños su *Don Quijote de la Mancha*. Al despertarme, contentísima, me puse manos a la obra. Por eso escribí mi primera adaptación: *El Quijote contado a los niños*. Al cabo de unos meses, se me volvió a aparecer en sueños don Miguel y me dijo que por qué no les contaba ahora a los niños la historia de Tirante el Blanco y de la bella e inteligente princesa Carmesina porque a él le gustaba mucho, y sabía de buena tinta que don Quijote la había leído, y que Sancho no lo había hecho porque no sabía leer, pero que había oído hablar de ella a su señor.

Joanot Martorell empezó a escribir esta maravillosa obra el 2 de enero de 1460; se imprimió después de muerto el escritor, en 1490; y un avisado editor, Diego de Gumiel, la hizo traducir al castellano y la publicó en 1511 en Valladolid, como si fuera un libro de autor desconocido y no una traducción de la obra de Martorell. Así la leyó Cervantes, y también don Quijote. Y a partir de mi *Tirante el Blanco contado a los niños*, todos pueden leer las apasionantes aventuras de este caballero. Verán cómo se enfrenta a un enorme perro y como lo vence a mordiscos, o cómo gana a un caballero alto y fuerte como un gigante, Tomás de Montalbán, porque tiene la misma ventaja física que tuvo el mítico ciclista Indurain: necesita tomar aire menos veces que los demás y así se cansa mucho menos.

Poco tiempo después volví a soñar y se me apareció Lope de Vega, ¡lo reconocí enseguida! Era muy guapo y simpático. Y me pidió que contara una de sus novelas a los niños; pero, como yo sabía las jugadas que le había hecho a Cervantes, no quise complacerle aunque no me atreví a decírselo en sueños. No se paró ahí el desfile de escritores que se me aparecieron mientras soñaba: luego fue Juan Ramón Jiménez, después mi querido Alfonso de Valdés, que se me presentó con su *Lazarillo* bajo el brazo, y después dos juglares. El primero, castellano, me dijo que era el

autor del *Cantar de Mio Cid* y que en 2007 iba a hacer ochocientos años que un copista llamado Pedro Abad copió el poema que él había compuesto. El segundo era ciego, y yo no entendía lo que me decía hasta que, por el sonido de las palabras, me di cuenta de que me hablaba en griego, ¡Era Homero! Entonces le pregunté simplemente: “¿La *Ilíada* o la *Odisea*?”. No vaciló ni un solo instante: “¡*Odisea*! ¡*Odisea*!”. Y así fue cómo empecé a releerme muchas veces ese cantar épico que narra las aventuras de Ulises hasta tenerlo todo en la cabeza y empezar a ver cómo se lo iba a contar a los niños.

A todos mis escritores “soñados” les hice caso; menos a Lope, por varias razones.

4. ¿QUÉ LIBROS CLÁSICOS PUEDEN ADAPTARSE?

El relato de mis sueños acabó con dos preguntas magníficas de dos niñas que me habían escuchado atentamente. Una me preguntó: “¿Y cuántos hombres se le han aparecido en sueños?”. Y lo hizo con un precioso acento granadino, con aspiración de la hache de “hombres” y apertura de la vocal final de la palabra marcando el plural en vez de la ese. Nunca olvidaré la pregunta.

La otra, ya sumergida en la historia onírica, me preguntó: “¿Cuál de sus obras quería Lope de Vega que Vd. contara a los niños?”. Sin dudar un instante, repuse: *El peregrino en su patria*, una novela bizantina que publicó Lope en 1604, con la que quería demostrar que él era un novelista tan espléndido como comediógrafo; pero ahí nada pudo hacer contra Cervantes ni contra su maravilloso *Don Quijote*, que iba a publicarse enseguida.

No todos los libros clásicos pueden adaptarse si se quiere respetar al máximo su trama, el dibujo de los personajes. Es obvio que *La Celestina* no puede adaptarse para los niños a menos que se pretenda escribir otra obra con personajes que casi sólo mantengan los nombres. Y *El peregrino en su patria* tiene tantas vueltas y revueltas que seguir su trazado llevaría a la confusión; y dejar de hacerlo, a no reproducir la esencia de la obra; tampoco su condición de obra del gran Lope la ha salvado de un olvido casi total; sólo los especialistas pueden hablar de ella.

Hay otros, en cambio, que parecen estar clamando por tener esa clase de versiones; sus personajes permiten un retrato simplificado que no echa a perder su fuerza, su carácter; y su trama mantiene sus líneas esenciales en la nueva historia a la altura de sus pequeños lectores. Así sucede con el *Quijote*, con el *Lazarillo*; pero también con el *Cantar de Mio Cid* y con *Tirante el Blanco* o con la *Odisea*. ¿Qué tienen esas obras que las convierten en literatura para todas las edades?

Don Quijote de la Mancha es el héroe que se enfrenta a gigantes sin miedo alguno, es el personaje que lucha por su Dulcinea inexistente, es quien no desfallece por más golpes que reciba. Y su fiel escudero, Sancho, se contagia del mundo de aventuras y peligros que su señor vive siguiendo los episodios de los libros que le apasionaron tanto que llegó a perder la razón.

El lector, niño o adulto, se identifica al momento con él; querrá luchar a favor de los débiles, contra los malos, gigantes o encantadores. Los fracasos, los palos llenan de melancolía al pequeño lector ¡menos mal que el héroe se repone enseguida como personaje que es de obra cómica! Y junto a ese ingrediente, está la comicidad. El niño se ríe al ver cómo confunde molinos con gigantes o rebaños con ejércitos; y sobre todo, se ríe cuando una noche, en medio de un oscuro bosque, ve que Sancho hace sus necesidades pegado a la pierna de su señor por el miedo terrible que tiene a unos misteriosos ruidos, que no serán más que los golpes que dan unos mazos de batán. El hablar gangoso de don Quijote le hace desternillar como a nosotros, los adultos.

Tirante el Blanco tiene que luchar al comienzo con la inexistencia de una tradición que lo incluye en nuestro universo de referencias. A los niños les suena desde siempre don Quijote, pero no saben quién es Tirante, porque no han oído hablar de él. El caballero bretón, que se hace famoso gracias a su valentía, pero también a su inteligencia y astucia, vive a la vez aventuras apasionantes y una historia amorosa muy bella con Carmesina, la hija del emperador de Constantinopla. El ingrediente amoroso abre otros horizontes al relato y le da espacio a la mujer; su papel además es muy activo: es mucho más que comparsa del protagonista. Y junto a la inteligente Carmesina, que llegará a

sustituir a su padre una vez en el Consejo de Estado, está su pizpireta doncella, la inolvidable Placer de mi Vida.

Platero y yo es un libro lírico; la misma belleza del lenguaje lo aleja a veces de la capacidad de comprensión del niño. Pero lo que cuenta sí le interesa, y mucho. El canto a la naturaleza, el descubrimiento de los colores de las estaciones, la ternura hacia los animales llenan sus páginas; y la creación del mismo burrito, mimoso y plateado, es un auténtico hallazgo. El camino para abrir sus páginas era seleccionar pasajes, limar su espléndida perfección lingüística para que surgieran palabras más cotidianas, y destacar la anécdota sacrificando un poco la reflexión.

El *Lazarillo* es una historia que quiso ser cómica y acabó siendo conmovedora. La figura de Lázaro está dibujada con tanta intensidad, con tanto realismo, que sufrimos con él la separación de su madre, el hambre que le hacen pasar sus amos —que desconocen qué es la caridad aunque la predicán—, los golpes que le dan; pero también lo apoyamos en los pequeños trucos que utiliza para conseguir un poco de vino, un poco de pan, aunque luego vemos lo caro que le cuestan. Alfonso de Valdés quiso escribir una obra cómica —un personaje humilde como Lázaro sólo podía ser protagonista de un relato de tal tipo— y una sátira contra los miembros corruptos y viciosos de una iglesia necesitada de reforma; pero su personaje es tan entrañable que puede hablar él mismo a los niños como si fuera uno de ellos; que sufre con las mezquindades y la crueldad de sus amos, pero que es capaz de espabilarse.

El *Cantar de Mio Cid* habla de un héroe épico, pero sumamente cabal y muy cercano a nosotros: se preocupa por repartir siempre la ganancia entre sus tropas, confía en sus mejores caballeros, y, sobre todo, ama tiernamente a su mujer y a sus dos hijas. En cuanto gana una plaza tan importante como Valencia, donde puede asentarse, manda a Minaya, su brazo derecho, a hablar con el rey Alfonso para que deje salir de sus tierras a doña Jimena y a sus hijas, y puedan así reunirse con él. ¡Qué alegría tiene al verlas! Lo primero que hace es subir con ellas al alcázar valenciano para que puedan ver las tierras conquistadas, la huerta valenciana, la ciudad, el

mar. Esa mirada asombrada y feliz de doña Jimena y de sus hijas es el mejor premio que tiene Rodrigo Díaz de Vivar a sus esfuerzos y luchas, y el lector se da cuenta. Tiene que volver a luchar con las tropas moras que pretenden cercar la ciudad, pero lo va a hacer contento porque sabe que su mujer va a verlo pelear; y de nuevo esa mirada le da fuerzas para seguir y no desfallecer, y además se lo dice a ella.

El *Cantar* tiene una escena central: es la afrenta de Corpes. Y lo es por el desgarrón afectivo que supone esa humillación y ese dolor que siente el Cid al saber que han maltratado a sus hijas. El espanto y el horror que tal vil y cobarde acción provocan en el caballero y en los suyos quedan subrayados por el comentario del juglar al final del poema: que les pase lo mismo o peor que a los infantes de Carrión a todos aquellos que maltraten a las mujeres. ¿Hay nada más actual... por desgracia?

La *Odisea* es una obra llena de intensidad, de imaginación, de aventuras, de belleza. Es sorprendente comprobarlo y ver cómo han pasado siglos y siglos desde que un juglar tal vez llamado Homero compuso esa maravilla. Se nos cuenta cómo una maga, Circe, transforma a los hombres en cerdos y puede luego devolverles a su primera forma e incluso mejorarla. O se nos habla de un gigante que tiene un solo ojo en la frente y come hombres, y cómo el astuto Ulises conseguirá escapar de él. O de unas sirenas, mujeres-aves que cantan maravillosamente, pero que lo hacen para atraer a los navegantes, que luego devoran. Pero también, de cómo el perro Argos es el primero que reconoce a Ulises, su amo, aunque tenga la forma de mendigo; luego iremos sabiendo qué palabras llevan a su mujer, la fiel Penélope, a reconocerlo; qué le dice Ulises a su viejo padre, Laertes, para que tenga la certeza de que es él, el bienamado hijo que hace ya veinte años se marchó a luchar en la guerra de Troya.

5. FINAL

Todos estos libros no sólo contienen historias apasionantes y forman parte de nuestra cultura. Cuando los niños abren sus páginas, no sólo se divierten enormemente, pero además aprenden

quiénes son don Quijote. Lázaro de Tormes, el Cid, Ulises o doña Jimena, Carmesina y Dulcinea; y todos esos personajes pasan a formar parte de su mundo de referencias.

Dos son las condiciones indispensables para una buena adaptación: la fidelidad al original y la reproducción de la unidad de la obra. No se puede ni cambiar ni añadir elementos al texto; no se debe traicionar su contenido. El niño que lee la adaptación memoriza los datos, y sería lamentable que descubriera al cabo del tiempo que lo que él sabe no es cierto. Sólo se deben omitir datos y simplificar la historia para poner el texto a su alcance.

Es también esencial que se mantenga la unidad de la obra: que empiece y termine como en el original. Se le debe, pues, aplicar un proceso de “jibarización”: mantener el dibujo de la obra, pero sin tantos perfiles, sin tantos matices. En mi *Quijote* adaptado desaparecen las historias novelescas intercaladas en la primera parte, la de Dorotea y Fernando, la de Cardenio y Luscinda, la de doña Clara, la del cautivo, y, por supuesto, la lectura del *Curioso impertinente*. Pero no se podía eliminar la figura de Dorotea porque está relacionada con ella el encantamiento de don Quijote y su vuelta a casa al final de la primera parte; ni tampoco la de Cardenio, el Roto, porque su historia estaba unida a la de ella. No quedaba más remedio que dejarlas simplificadas a lo mínimo, para que sus protagonistas pudieran desempeñar el papel indispensable que tenían en la historia central de don Quijote.

Nuestros clásicos no tienen el apoyo propagandístico del que se benefician otros relatos para niños —o jóvenes— lanzados como negocio fantástico en la aldea global; pero guardan dentro de sí toda la modernidad que han acumulado con el paso de los siglos. El tiempo lo desgasta todo, es como la gota que va limando la piedra; pero sólo actúa de forma contraria con los buenos libros: no sólo no menguan o desaparecen, sino que brillan mucho más. El paso del tiempo pule las joyas literarias; pero su belleza, su esplendor, no podrán admirarse si se esconden en el arcón, si se encierran en estanterías llenas de polvo. En las manos de los niños brillan como rubíes, como topacios, como esmeraldas. Les recomiendo que pongan una adaptación fiel en manos de un niño y miren por encima de su hombro; podrán así ver los destellos que despiende la obra cuando la mirada del pequeño lector recorre sus palabras, sus líneas.

Rosa Navarro Durán (Figueras, 1947)

es Catedrática de Literatura Española de la Universidad de Barcelona y especialista en el Siglo de Oro y en poesía contemporánea. Entre sus libros destacan “¿Por qué hay que leer los clásicos?” (1996); “Cómo leer un poema” (1998); “Alfonso de Valdés, autor del Lazarillo de Tormes” (2003) y “El Quijote contado a los niños” (2005). Entre sus ediciones de textos figuran la del anónimo “Libro de suertes”; los dos diálogos de Alfonso de Valdés; *Novela picaresca I, II y III* y la *poesía de Francisco de Aldana y Jaime Siles*. Rosa Navarro es presidenta de la Comisión de Humanidades para la evaluación del profesorado universitario y ha formado parte del jurado del premio Príncipe de Asturias de las Letras en sus últimas convocatorias.

Obras citadas

NAVARRO DURÁN, Rosa. *El Quijote contado a los niños*. Con ilustraciones de Francesc Rovira. Barcelona: Edebé, 2005. 196 p.

_____, *Tirante el Blanco contado a los niños*. Con ilustraciones de Francesc Rovira. Barcelona: Edebé, 2005. 197 p.

_____, *Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez, contado a los niños*. Con

ilustraciones de Francesc Rovira. Barcelona: Edebé, 2006. 190 p.

_____, *El Lazarillo de Tormes contado a los niños*. Con ilustraciones de Francesc Rovira. Barcelona: Edebé, 2006. 171 p.

_____, *El Cid contado a los niños*. Con ilustraciones de Francesc Rovira. Barcelona: Edebé, 2007. 187 p.

_____, *La Odisea contada a los*

niños. Con ilustraciones de Francesc Rovira. Barcelona: Edebé, 2007. 230 p. *Poema de Mío Cid*, versión de Pedro Salinas. 2ª ed. Madrid: Revista de Occidente, 1934. 180 p.